

problema último es, en definitiva, dejar a Dios de lado. Aprender a amar exige un cambio del corazón, una conversión, obra de la gracia que actúa a través de la libertad humana.

José Manuel FIDALGO

Juan José PÉREZ-SOBA DIEZ DEL CORRAL, *Creer en el amor. Un modo de conocimiento teológico*, Madrid: BAC, 2014, LIII + 578 pp., 14 x 21, ISBN 978-84-220-1698-4.

El teólogo moralista Juan José Pérez-Soba nos ofrece con este libro una nueva contribución a la «teología del amor» como base adecuada de una fundamentación de la moral, que el A. viene elaborando dentro del «Area Internacional de Investigación sobre Teología moral fundamental», del Pontificio Instituto S. Juan Pablo II de estudios para el matrimonio y la familia de Roma, del que es Profesor Ordinario de Pastoral Familiar. Recoge y sistematiza en este volumen estudios parciales y líneas de investigación publicados anteriormente en diversos lugares.

Como el Prof. Pérez-Soba expresa en la introducción de esta obra, su objetivo es introducirse en la lógica teológica interna del amor, para descubrir su intrínseca dimensión epistemológica, pudiendo hablarse con precisión de un auténtico conocimiento amoroso que resulta de gran interés para la configuración de la teología moral.

El libro se estructura en dos partes que incluyen seis capítulos. La primera lleva por título «El amor es conocimiento. La búsqueda de una verdad que nos salva», y trata fundamentalmente de la relación entre la Revelación y el amor, en continuidad con la enseñanza del Concilio Vaticano II que presenta a Cristo como el centro de la revelación, y a la fe como entrega de toda la persona al Dios que revela.

El hombre, afirma el autor, está «llamado a amar la verdad» (capítulo I). Encuentra en la experiencia de sus deseos –en el impulso ascendente que Benedicto XVI en la encíclica *Deus caritas est* llama «eros»– una llamada a la plenitud y al sentido de su vida que lo abre a la Revelación de Dios y al reconocimiento de sí mismo en la Palabra revelada. Para estudiar la base antropológica del conocimiento amoroso el autor recurre principalmente al

análisis de la famosa obra de H. U. Von Balthasar «Sólo el amor es digno de fe». En ésta se destaca la centralidad y totalidad del amor tal como se ha revelado en el encuentro con Cristo, al que dota de valor de principio absoluto de conocimiento y de salvación del hombre. Esto supone, sin embargo, recusar cualquier otro tipo de amor que von Balthasar llama incoactivo-creatural, y que para él es «no-amor». El A. trata de complementar esta radicalidad del concepto de amor y de verdad que se deriva del encuentro con el absoluto universal-concreto de Cristo, con la perspectiva más afectiva (y previa al encuentro con Cristo como atracción del fiel a Cristo) que aparecía ya en san Agustín y en la teología monástica de san Bernardo, entre otros. Aparece así una de las categorías centrales de la antropología del amor en nuestro A.: el concepto de presencia afectiva del amor como signo originario de la búsqueda y de la atracción de la verdad en el hombre. Esta presencia inaugura un dinamismo del amor que configura de modo inseparable la relación entre verdad y libertad en la persona, abriéndolas a un horizonte de salvación, sentido y misterio. Precisamente estas categorías sirven a Pérez-Soba para analizar la estructura antropológica de la fe.

El capítulo II, «Una fe religiosa: hacia una religión del amor», estudia cómo esa dimensión religiosa que se ha descubierto en la atracción del hombre hacia la verdad incluye una correlación entre Revelación, fe y amor, y cómo el hombre puede conocerse, desde la experiencia irreductible del amor, como ser religioso. En efecto, la dinámica de la fe se diferencia de la dinámica mítico-simbólica en que la fe promueve la adhesión a las realidades humanas, sin quedarse en una mera explicación ejemplar.

El capítulo III, «El conocimiento que brota del amado» es, quizás, el más original del libro, y en él se encuentra el estudio de la racionalidad amorosa. El lector encontrará en él una clarificación esencial acerca del conocimiento afectivo que se remite a santo Tomás. Pérez-Soba sintetiza las intuiciones del estudio clásico sobre el conocimiento afectivo, y establece las diferencias entre el conocimiento por connaturalidad (que descubre a la persona y la establece como fin de todo el movimiento voluntario posterior) y el conocimiento por inclinación (que descubre la acción para el amado y los bienes propios de cada virtud).

La segunda parte del libro: «¡Creo en ti, porque te amo! La revelación del amor, la fe en el Amado», se centra en el contenido de la revelación del amor de Dios, que no es otro que la manifestación de este amor en Cristo

como Amado. Se trata de conocer, desde una *analogia amoris*, la plenitud y el carácter definitivo de la revelación que se da en Cristo a través de sus palabras y de sus acciones humanas.

El capítulo IV («Te he llamado por tu nombre» (Is 43,1). La manifestación de la persona, el reconocimiento de la identidad) comienza primero por esta constitución del sujeto teológico a raíz de la llamada de Dios en el amor. Estamos en el reconocimiento de aquella presencia que permanece, del vínculo que se origina y de la identidad que lo define de modo nuevo. La elección primordial de Dios revela el carácter divino absoluto al que está ligado el hombre, que así es reconfigurado de modo radical. Esta manifestación divina se realiza de modo humano-histórico, en los aspectos vitales y determinantes de toda antropología cristiana: autocomprensión de sí, libertad y verdad, finalización... El autor vuelve a recordar los tres momentos esenciales de la dinámica amorosa interpersonal revelados en la forma histórica y vocacional-narrativa en que se descubre a Cristo: presencia, encuentro y comunión, que se hacen entonces clave de comprensión para la estructura de la revelación. El largo apartado de la vocación al amor, que culmina con la revelación del nombre (propio y del de Dios), desde la exégesis kierkegaardiana del relato de Abrahám (referido igualmente en *Lumen Fidei* como prototipo del proceso de fe), se propone como una síntesis de muchos desarrollos anteriores.

El capítulo V es otro capítulo fundamental en esta obra. El A. se propone desarrollar la riqueza de *Dei Verbum* a partir de la expresión «*verbis gestisque*» de DV 2, realizando una auténtica «teología de la acción» de Dios y de Cristo como modo específico de revelación de su plan de amor que busca la fe del hombre («para que creáis» [Jn 20,31]). El hombre, a su vez, revela su semejanza divina y la misma presencia de Dios en su respuesta operativa y en sus frutos. El autor describe en sus diversos niveles de intelección, desde un método fenomenológico no meramente descriptivo, sino estructural-metafísico, la profunda unidad e interrelación de esta polaridad discurso-signo: el mismo signo es revelador del amor-motor y la declaración de amor describe la vivencia íntima del signo. El capítulo estudia la capacidad comunicativa del amor ya desde su momento pre-electivo, desarrollando una «metafísica de la presencia» que se expresa en el nivel afectivo profundo. Supera de este modo una concepción moderna-actualista de la interpretación de los afectos (fundamentalmente descriptiva y psicológica), para manifestarse en la verdad y el valor personales del afecto y del lenguaje del cuerpo del que

hablaba san Juan Pablo II. Describir en sus complejas interrelaciones y descifrar el nivel radical y original de esta gramática afectiva es lo que lleva al autor a estudiar exhaustivamente categorías como presencia, promesa, hermenéutica afectiva, narratividad, Alianza, Ley..., así como las escuelas y métodos de análisis que han intentado aproximarse a ellas. Esta compleja articulación de temas y perspectivas constituye, sin duda alguna, uno de sus valores, pero resulta igualmente su límite didáctico y expositivo, pues su lectura puede hacerse, en ocasiones, tarea ardua para el lector. A su favor se puede decir, que el conjunto ofrecido permite apreciar la solidez arquitectónica del dinamismo interno amoroso –frente a la forma «líquida» (Z. Bauman) de los análisis emotivistas actuales– y fundar una respuesta creyente anclada con seguridad en la permanencia del don divino.

El último capítulo, «la obediencia de la fe», estudia el acto propio de la fe, en su estructura personal de pasividad y actividad respecto del don divino (se pide la fe que se ha dado como don), hasta contemplarla de modo preciso como virtud. Se estudia entonces su valor epistemológico, en el sentido de respuesta a un amor comunicativo que ilumina y guía la existencia, a la vez que inclina a asentir a lo conveniente a la recta fe (santo Tomás). El autor se ayuda para el estudio del acto de fe del pensamiento dialógico y presenta la fe como relación viva y comunicativa, y como auténtico motor de vida cristiana con claros efectos relacionales y sociales (la fe como bien común de LF 51). Como se ha argumentado en otros lugares de la investigación, es preciso para eso evitar la reducción del acto de fe al exclusivo momento de la elección consciente, abstraído de todo el dinamismo personal de la libertad, que haría concebir la fe como un salto en el vacío. Por el contrario, el acto de fe es un acto íntegro, de toda la persona, que unifica todas las dimensiones personales en el conjunto de una vida tomada como un todo. En esa misma línea el A. presenta el «*pius credulitatis affectus*» en la perspectiva de la dinámica del don en cuanto comunicativo, y abierto, por tanto, a una verdad precedente, la verdad amante del que dona.

La obra que comentamos es una exposición trabajada sobre el sentido y la función del amor en el conocimiento de fe y en la vida moral. Los análisis –en ocasiones un tanto prolijos– de las diversas posiciones sobre el tema así como las conexiones que el A. establece presentan perspectivas originales que gozan sin duda de fundamentos sólidos. En este sentido, el amor aparece como una auténtica clave teológica que aporta luces esenciales para el estatuto epistemológico de la teología y en concreto de la teología moral.

Constituye una carencia menor, aunque indeseable en una obra de esta magnitud, la presencia de pequeñas faltas de redacción, puntuación o tipografía, posiblemente por una revisión insuficiente de las pruebas de edición.

Las condiciones de la renovación de la moral delineadas por OT 16 se verifican de modo fecundo en este empeñado trabajo, demostrando una amplitud y unidad estructural evidentes y ofreciendo, con este volumen, un paso firme más en la laboriosa fundamentación de la teología moral católica.

Daniel GRANADA